



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILIA EN LA SOLEMNIDAD DE SAN BENITO DE PALERMO 27/XII/2024

*“Repícame tamborero la fiesta ya ha comenzado
el Santo Negro ha escapado con todos los Chimbangleros.
San Benito se escapó bien temprano de la Catedral, Chimbangleros
con él van a tocar la fiesta del santo negro empezó.
San Benito, suena tu tambor; Chimbanglero, suénalo mejor”.*

Muy apreciados hermanos,

Todos los aquí presentes, y los que nos siguen por las redes sociales, estamos alegres porque celebramos 500 años del nacimiento de San Benito de Palermo, el santo más querido en la Costa Oriental del Lago.

Aprovecho la oportunidad, para saludar a todo el presbiterio, a los seminaristas, a las autoridades civiles y militares. Les saludo y bendigo a todos ustedes, hermanos, que con fe y devoción se han dado cita en esta gran avenida, que se ha convertido en un gran santuario, para manifestar públicamente su fe y devoción en el santo negro.

Queridos hermanos, celebrar la memoria de los santos, es celebrar las maravillas que el Señor ha hecho en sus vidas. La Iglesia nos invita a que rindamos culto a los santos, pues ellos vivieron heroicamente las virtudes, pueden interceder por nosotros y son modelos de vida, porque, de especial manera, nos reflejan la santidad de Jesús, el santo por excelencia.

Debemos tratar a los santos por lo que realmente son. Ellos no son héroes de otros planetas, ni ángeles, ni seres superdotados. Son hermanos nuestros que nos pueden ayudar, con su palabra y ejemplo, a recorrer el camino para alcanzar también la santidad y la salvación; también son un estímulo para recordar que, nosotros, hemos sido llamados a ser santos: es una exhortación que nos hace Jesús: *“sean santos como mi padre celestial es santo”* (Mt 5, 48).

Hace 500 años, nació San Benito de Palermo, y todavía lo recordamos. ¿Por qué? Sencillamente, porque dejó unas huellas de amor, misericordia y humildad, inscritas en el corazón de tantas personas y hombres, que ha perdurado a lo largo de los siglos, y la iglesia nos invita a que sigamos su ejemplo.

La devoción a San Benito corre por las venas y se encuentra en el ADN de los habitantes de este noble pueblo. Como decía en mi carta pastoral con motivo del quinto centenario de su nacimiento: *“La devoción a San Benito de Palermo se refleja en nuestras iglesias y hogares, en las instituciones públicas y privadas, en las plazas de la ciudad, y en cada rincón en donde se exhiben sus imágenes, desde las más pequeñas hasta algunas monumentales, como una muestra de la identidad*

católica de este noble pueblo. No hay distinción de edades, niños, incluso en brazos de sus madres, jóvenes, adultos y ancianos, se congregan cada año para participar en su procesión, haciendo el recorrido con alegría, a pesar del inclemente sol. ¡Qué multitud vemos cada año a las puertas de nuestra Catedral, gente venida desde muchas latitudes, incluso provenientes de otros municipios y estados, para elevar sus oraciones y pagar sus promesas a quien tanto tienen que agradecerle! Y hoy, más allá de las fronteras de nuestro país, a causa de la emigración, un buen número de coterráneos ha llevado el calor de esta fiesta a muchas ciudades de América y Europa” (No. 3).

Dios mediante, dentro de dos días iniciaremos el Año Jubilar, para conmemorar los 2.025 años del nacimiento de Jesús, nuestro salvador. El Papa Francisco ha colocado como lema de este Jubileo: *“Peregrinos de la esperanza”*, y nos invita que reflexionemos sobre esta virtud.

En los momentos difíciles solemos recordar el dicho antiguo: *“la esperanza es lo último que se pierde”*; ten paciencia, porque *“después de la tormenta, viene la calma”*; o no desespere *“porque pronto saldrá el sol que disipará las tinieblas que te cubren en este momento”*; siempre hay una solución y *“donde no hay esperanza, debemos inventarla”*.

La persona que cultiva la esperanza en su vida, viaja en un clima de confianza y abandono, pudiendo decir con el salmista: *“Señor, tú eres mi roca, mi escudo, mi fortaleza, mi refugio, mi lámpara, mi pastor, mi salvación. Aunque se enfrentara a mí todo un ejército, no temerá mi corazón; y si se levanta contra mí una batalla, aun entonces estaré confiado”* (Salmo 27, 1-3).

¿No es exageradamente entusiasta este salmista? ¿Es posible que a él le hayan salido siempre bien todas las cosas? No, no le salieron bien siempre. Sabe también, y lo dice, que los malos son muchas veces afortunados y los buenos oprimidos. Incluso se lamentó de ello alguna vez al Señor. Hasta llegó a decir: *“¿Por qué duermes, Señor? ¿Por qué callas? Despiértate, escúchame, Señor”* (Salmo 44,24). Pero conservó la esperanza firme e inquebrantable; y así se mantuvo en pie y pudo lograr todos sus objetivos.

A lo largo de la historia, grandes pensadores y filósofos, han atacado esta virtud. En efecto:

- Nietzsche, por ejemplo, la llama “virtud de los débiles”; haría del cristiano un ser inútil, apartado, resignado, extraño al progreso del mundo.
- Otros hablan de “alienación”, que mantendría a los cristianos al margen de la lucha por la promoción humana.
- Pero *«el mensaje cristiano —ha dicho el Concilio—, lejos de apartar a los hombres de la tarea de edificar el mundo, les compromete más bien a ello, con una obligación más exigente»* (Gaudium et spes, 34). Prueba de esto, es la gran cantidad de santos que han dado su vida, y han hecho el mundo

más humano: La Madre Teresa de Calcuta, el Beato José Gregorio Hernández, la Beata María de San José, y otros.

Queridos hermanos: **¡cuidado con pecar contra la esperanza!** Y, lamentablemente, esto se da con frecuencia. Efectivamente, cuando pensamos en nuestra vida pasada o presente, de miseria y pecado, y creemos que Dios no tiene poder para perdonarnos, que no es misericordioso y que se cansa de perdonar. No, no. Recordemos lo que suele repetir el Papa Francisco: ¡Dios no se cansa de perdonarnos; somos nosotros quienes nos cansamos de pedir perdón!

Pecamos contra la esperanza cuando nos falta valentía de tomar decisiones que nos comprometen para toda la vida. Desgraciadamente, muchos viven así: sin esperanza, sin un proyecto de vida, sin ambiciones, se dejan arrastrar por la inercia, la flojera y la mediocridad... A veces, se nos olvida que el Señor “*no nos dio un espíritu de cobardía, sino de valentía*” (2Tim 1,7). Esta generación tiene necesidad de hombres que sepan repetir con santa “obstinación”: “*Ad maiora natus sum*” (Hemos nacido para cosas más grandes). ¡Tenemos necesidad de hombres y mujeres fuertes!

La persona que espera tiene paciencia, virtud que camina de la mano de la esperanza. Los seres humanos pacientes son tejedores de bien. Desean obstinadamente la paz, y aunque algunos tienen prisa y quisieran todo y todo ya, la paciencia tiene capacidad de espera. Incluso cuando muchos a su alrededor han sucumbido a la desilusión, quien está animado por la esperanza y es paciente, es capaz de atravesar las noches más oscuras. Esperanza y paciencia van juntos.

San Benito nos dio un gran ejemplo de esperanza, pues era normalmente paciente con quienes lo buscaban a cualquier hora para contarle sus problemas, o para que orara por su salud. Un día vino a visitarlo una anciana pobre y le rogó al portero, que por caridad llamase a fray Benito para hablar con él y consolarse, porque tenía una gran tribulación. Como hacía poco rato que había hablado con otra señora en la puerta y acaba de retirarse a su habitación, diciendo que se sentía un poco indispuerto, el portero le dijo que se fuese, porque fray Benito no podía bajar, ya que estaba enfermo. Ella insistía en que lo llamase. Estaban en esto, cuando apareció Benito, que reprendió al portero por no querer llamarlo, diciéndole que la caridad se debe a todos y que, si hubiese sido una gran señora, rica, le hubiera llamado. La anciana le contó su problema y se fue consolada. Pero observemos que Benito no podía saber que en la puerta le esperaba una señora, sino por revelación.

¡Hoy, Cabimas, está de fiesta! Y no solo Cabimas, sino muchos lugares donde está un cabimero y ha llevado esa devoción. Son muchas las fotos que recibo de celebraciones que se hacen en muchos países. Recemos por nuestros hermanos que están en el extranjero, por los que están pasando un momento difícil, y por los que todavía no han podido regularizar su situación legal en el país en el que se encuentran. Nunca perdamos la esperanza de encontrarnos nuevamente, de darnos

un fuerte abrazo de navidad y feliz año, de celebrar los cumpleaños en familia, y de trabajar juntos por nuestra patria.

Los espero, Dios mediante, el próximo 29 de diciembre, para dar inicio al Jubileo de la Esperanza.

¡Que tengan una Feliz Navidad y un Próspero Año Nuevo!

Que Nuestra Señora del Rosario y San Benito de Palermo los bendiga, rica y poderosamente. Así sea.

+ *Ángel Caraballo*
† Ángel Francisco Caraballo Fermin.
Obispo de Caimas



Prot. 2024/273